
Corazón de pollo

Margaritainés Restrepo SantaMaría

En la punta de la competencia. Allí tenemos que estar... porque así es el mundo. Y ese afán de ser el **número uno** nos hace creer que aún somos originales e infalibles sabios. Así es el mundo.

Y ese afán nos recuerda el sistema de fabricación de mitos y carnadas para atraer turistas:

En este pueblo se colocó la primera campana de bronce que llegó al continente. En aquel se exhibe el carro más viejo. En el de más allá vive el hombre más grande. Esa ciudad es la de menor densidad de población y esa otra es cuna de un prestigioso chico de la pantalla. Y de esa lucha por ser el **número uno**, no escapan los medios de comunicación. Los periódicos, la radio, la televisión:

La encuesta tal dice que somos los primeros en sintonía. El gremio pascual confirma que somos los innovadores del paseo. Los hechos demuestran que, contrario a las ligerezas del medio perencejo, nuestro trabajo sí es serio. Nosotros fuimos los primeros en decir... los primeros en publicar la foto... los primeros en transmitir, confirmar, corregir... Los exclusivos.

Y por ser **número uno** en algo, en este mundo cambiamos de traje, al igual que el camaleón, con una facilidad pasmosa.

De un momento a otro, resultamos inventores de lo que ya está inventado. Autores de maravillas... de esas maravillas que se

acabaron hace mucho rato. Ingenuos e improvisados amantes de la verdad. Jueces implacables, muy entrenados en apuntar con el índice a los pecados ajenos. Jueces con rabo de paja, tremendamente olvidadizos con respecto a nuestros propios **pecadillos**, no siempre involuntarios y, con frecuencia, rodeados de premeditación y alevosía.

Bueno... Así es el mundo. Tenemos que ser **número uno** en algo... en lo que sea. Aunque sea en el consumo de droga, aunque sea en la prostitución y en el chanchullo, aunque sea en el autobombo, aunque sea en la mentira y el olvido.

Número uno, aunque sea para asumir la política del buitre...: delinear una figura que no poseemos -como la del caballero de Italo Calvino, que sólo existía por fuerza de voluntad-; revivirla con colores que no tenemos; inflarla con un aire que no guardamos; y adornarla con virtudes que no nos dieron las hadas..., para echarle el zarpazo al que cae en un error, al que comete una equivocación.

Y... por ser **número uno**... ¡al diablo el resto!. No importan nuestros antecedentes, la intención, la decencia, la propia dignidad y las posibles vueltas que de la vida.

¡Bravo esa!... Así es el mundo de los hombres con corazón de pollo... Corazón que no da para más. Corazón tan pequeño que tiene fama en el reino animal. Bueno, y no faltará algún zootecnista y, a lo mejor, algún animal, que nos desmienta...